

# GARCÍA MARQUEZ, GRAN AMERICANO

CUANDO en 1955 Gabriel García Márquez publicó su primera novela, La hojarasca, conquistó de un golpe un lugar privilegiado en la narrativa colombiana. Treinta entonces solamente veintiocho años y no pasó crítico avanzado que no dijera que una obra áspera y fuerte, sólo comparable en la historia del arte latinoamericano a los grandes escritores de excelentes noveletas —basta citar los nombres de López Michener, de Daniel Cárdeno, pintando el descomulgado mundo de una bananera, era capaz de aïdar una violencia interior casi desesperada, a un imparable rigor en la construcción del relato.

Su segunda novela, El coronel no tiene quien le escriba, que se publicó en 1961 en Colombia y que acaba de reeditar Era en México, muestra la madurez de recursos a que ha llegado. Es otra vez su Colombia actual, pero en un tiempo anterior, sobre la guerra de independencia. El autor impone un aire sobajado de destrucción y dentro de los cuales hierve una violencia en permanente estado de violencia, mejor dicho, permanentemente potencial. En esta admirable novela, García Márquez ha conseguido perfeccionar el sistema que a lo largo de sus cuentos fuera rudimentalmente buscado: una historia particular, merosa y tensamente contada, la del coronel que espera desde hace años la carta que le anuncie el pago de su pensión de veterano de la guerra de los mil días, le sirve para retrazar la historia entera de los años contemporáneos de su país y a la vez ofrecer una imagen vívida de su intrahistoria espiritual.

Quisá nada más directamente admirable en la obra de García Márquez, que su prodigioso sentido de la economía del relato, su precisión para definir con un sólo trazo una situación o un personaje, su capacidad de arrastrar nota para conseguir que la acción casi en estado puro, sea la que le permita al autor un cuento estivo explicativo. Ese don de com-

pleción explica que García Márquez sea posiblemente mejor cuentista que novelista, y que incluso sus novelas no aspiren a la acumulación torrencial de páginas. Numerosos cuentos lleva escritos, los mejores de los cuales quizá estén en Los funerales de la mamá grande, un relato corto en base a las mismas coordenadas de una escritura modernísima. Cuentos breves y macios, donde no sobra una palabra, donde bajo una apariencia de naturalidad extrema, todo responde a un acódo orden que en el desenlace mismo del cuento, en la revelación del lector que resulta bruscamente iluminada por una verdad.

La obra de García Márquez es casi enteramente desconocida en estas latitudes. Creo que sólo Ricardo Latacuna, con su proverbial persistencia, ha sido capaz de hacer la traducción, en un volumen que ya ocupado lo suficiente de su obra. Y sin embargo Gabriel García Márquez es uno de los narradores de primera fila de la actual y vigente generación de escritores latinoamericanos, más que en el desarrollo mismo del cuento, en la conciencia del lector que resulta bruscamente iluminada por una verdad.

Dos cuentos de su última producción se publican aquí, como dos ejemplos de su literatura de violencia y rigor. No están su mundo inventivo, y para complementarlo serían necesarios sus relatos casi fantasmagóricos, como "El mar del tiempo perdido". Pero dan la medida de un estilo y de una concepción unitaria y honda de la realidad presente. Dan la medida de un escritor, y son cuentos para leer y volver pues su subjetiva no se agota en el primer momento, a pesar de la simplicidad de su escritura. ANGEL RAMA

## LA MALA HORA

Cuento por Gabriel García Márquez

El padre Angel se incorporó con un estuorzo silencioso. Se froto los párpados con los dedos de las manos, apartó el mosquitero de la cama y permaneció un instante en el pensativo un instante, el tiempo indispensable para darse cuenta de que estaba vivo, y para recordar la fecha y su correspondencia en el santoral. "Martes cuatro de octubre", pensó; y dijo en voz baja: "San Francisco de Asís".

Se vistió sin lavarse y sin rezar. Era grande, sangüneo, con una apacible figura de buco manso, y se movía como un buco, con ademanes sencillos y una lenta respiración que abandonaba de la sota con la atención lánguida de los dedos blancos que se verificaban las cuerdas de un arpa, desahogado la trampa y abrió la puerta del patio. Los ruidos bajo la lluvia le recordaron las palabras de una canción.

El mar crecerá con más lágrimas — suspiró. El dormitorio estaba comunicado con la iglesia por un corredor interno bordeado de macetas de flores, y calzado con ladrillos sueltos por cuyas junturas empezaba a crecer la hierba de octubre. Antes de dirigirse a la iglesia, el padre Angel entró en el excusado. Orinó con abundancia, contentando la respiración para no sentir el intenso olor amoniacal que lo hacía salir las lágrimas. Después salió al corredor, recordando: "Me llevaré resaca hasta la muerte". En la angosta puerterita de la iglesia sintió por última vez el vapor de los ruidos.

Adentro olía mal. Era una nave larga. También calzada con ladrillos sueltos, y con una sola puerta sobre la plaza. El padre Angel fue directamente a la base de la trampa. Vio las pesas del reloj a más de un metro sobre su cabeza y pensó que aún tenía cuerda para una semana. Los zancos los esgalaba. Antes su edad, pero siempre había convocado a misa personalmente, y ese estuorzo le recordaba la moral. Trinidad empujó la puerta de la calle mientras sonaba el campanario, y se dirigió al rincón, donde la noche anterior había pisoteo trampa para ratones. Encontró algo que le produjo mala suerte repentina y placer: una pequeña massaca. Las pesadas trancas de acero despedaban los animales raquíticos.

Trinidad abrió la primera trampa, copió el reloj con la cola que el índice y el pointer, y le echó en la caja de cartón. El padre Angel acabó de abrir la puerta sobre la plaza.

—Buenos días, padre — dijo Trinidad.

El no registró su hermosa voz baritonal. La plaza desolada, los almidrados dormidos bajo la lluvia, el pueblo azaroso en el inconcebible amanecer del octubre le produjeron una sensación de desamparo. Pero cuando se acostumbró al rumor de la lluvia percibido al fondo de la plaza, nitida y un poco irreal, el clarinete de Pastor. Sólo entonces respondió con la voz baja:

—Pastor no está con los de la serenata — dijo.

—No — afirmó Trinidad. Se acercó con la caja de ratones muertos. Era con guitarras.

—Estuvieron como dos horas con una canción tan — dijo el padre. El mar crecerá con más lágrimas. ¿No es así?

—Es la nueva canción de Pastor — dijo ella, mirándolo frente a la puerta para una instantánea fascinación. Durante muchos años había oído el clarinete de Pastor, que a los dos cuartos de allí se sentaba a ensayar, todos los días a las cinco, con el asiento recostado contra el borón de su palanero. Era el mecanismo del pueblo fundocapota a precisión: primero, las cinco campanadas de cinco; después el primer toque para misa, y después el clarinete de Pastor, en el patio de su casa, purificado con notas distantes y articuladas al aire cargado de porquerías de palomas.

—¿A las cinco es buena rasección el padre? Pero la letra es tonta. Las palabras se pueden reír con el derecho y al revés y siempre da lo mismo me llevaré esta sueño hasta la muerte.

Dio media vuelta, sonriendo de su propio halago, y fue a encender el altar. Trinidad lo seguía.

—Así es — dijo.

—Está una bota blanca y larga, con mangas hasta los puños, y la faja de seda azul de una congregación laica. Sus ojos eran de un negro intenso bajo las cejas enroscadas.

—Estuvieron toda la noche por aquí cerca — dijo el padre.

—¿Y el señor Ramírez? — dijo Trinidad, distraído de la caja. Pero asintió hubo algo mejor que la serenata.

El padre se detuvo y fijó en ella sus ojos de un azul silencioso.

—¿A qué hora? — dijo Trinidad.

—Fasciné — dijo Trinidad.

Y soltó una risita nerviosa.

Tres casas más allá. César Montero sonaba con los elefantes. Los había visto el domingo en el teatro. La lluvia se había precipitado media hora antes del fin, y ahora la película continuaba en su curso monumental contra el pared, mientras los indígenas escapaban desapercibidos en la llanura estropeada por el trazo de la pared, mientras los esposos le empujaban suavemente, pero ninguno de los dos despertó. "Nos vamos", murmuró él, y recu-

peró la posición inicial. Entonces despertó. En ese momento estaba el sol, el toque para misa. Era una habitación con grandes espacios alombrados. La ventana sobre la plaza, también alombrada, tenía una cortina de cretona con flores amarillas. En la mesita de noche había un receptor de radio conectado a una lámpara y un reloj de cuadrante luminoso. Al otro lado, contra la pared, un enorme escaparate con puertas de espejo. Mientras se ponía la base de montar, César Montero empezó a oír el clarinete de Pastor. Los cordones de cuero crudo estaban enredados por el barro. Los otros cuartos de la casa, haciéndose fuera de la mesa no cerrada, más allá que el cuerpo de los elefantes. El padre bueno las espaldas de la cama de los dos elefantes. Después de haber estado en la penumbra, tratando de no hacer ruido, para no despertar a su mujer, César se abotonó la camisa miró la hora en el reloj de la mesa y volvió a buscar las espaldas debajo de la cama. Primero las buscó con las manos. Después se puso a gatas y se metió a rastrear debajo de la cama. Su mujer despertó.

—¿Qué buscas?

—Las espaldas. Las espaldas detrás del mosquitero — dijo ella. Tu mismo las pulste así el sábado. Hizo a un lado el mosquitero y encendió la luz. Él se incorporó avergonzado. Era monumental, de espaldas cuadradas y sólidas, pero sus movimientos eran elásticos aun con las botas de montar, cuyas espaldas parecían dos listones de madera. Tenía una salud un poco bárbara. Parecía de edad indefinida, pero en la piel del cuello se notaba que había pasado de los cincuenta años. Se sentó en la cama para ponerse las espaldas.

—¿Todavía está floviendo? — dijo ella, sintiendo que sus brazos adolescentes habían absorbido la humedad de la noche. Me siento como una esponja.

—¿Pequeña, ósea, de nariz larga y aguda, tenía la virtud de no parecer abogada de despertar. Trató de ver la lluvia a través de la cortina. Él acabó de ajustarse las espaldas, se puso en pie y taconó varias veces en el piso. La casa vibró con las espaldas de color.

—El tigre engorda en octubre — dijo. Pero su esposa no lo oyó, extasiada en la melancolía de Pastor. Cuando volvió a mirarlo estaba peinándose frente al escaparate, con las piernas abiertas y la cabeza inclinada, pues no cabía en las espaldas.

—Ella seguía, en voz baja, la melodía de Pastor.

—Estuvieron rastreado esa canción toda la noche — dijo él.

—Es muy bonita — dijo ella. Desandó una cinta de la cabecera de la cama, se recostó el cuerpo en la mesa y se levantó lentamente despertando: "Me quedará en tu sueño hasta la muerte". El no puso atención. De una gaceta del escaparate donde había algunas cosas, un pequeño reloj de mujer y una pluma estilográfica, extrajo una cartera con dinero. Retiró cuatro billetes y volvió a poner la cartera en el mismo estuorzo. Luego se metió en el bolsillo de la camisa sus cartuchos de escopeta.

—Si la lluvia sigue no vengo el sábado — dijo.

(Para a Pág. 28)

# LOS SIGNOS OSCUROS

Otro cuento de Gabriel García Márquez

**E**l dolor de la nuca se había hecho invulnerable a los analgésicos. El alcalde cogió el arma en el balcón de su cuarto tratando de dormirse fresco de la noche. Pero cuando se echó, succumbió de nuevo a la desamparación y la plaza atargada por una densa ola de calor.

Después de morderse por los alrededores hasta que la intensidad que la nuca hacía se sobrepusiera al dolor, entró al salón de cine y se sentó en el fondo de la plaza.

Fue un error. El zumbido de los aviones de guerra aumentó la intensidad del dolor. Antes del amanecer había alcanzado el máximo. Pero al amanecer en el instante en que don Lalo Moscote se dispuso a cerrar las puertas.

—¿Dónde lo más fuerte que tenga para el dolor de nuca?

El farmacéutico le examinó la nuca con una mirada de estupor. Luego fue hasta el fondo del establecimiento, a través de una doble hilera de armarios con puertas de vidrio entoncamente ocupados por pomos de laca, cada uno con el nombre del producto grabado en letras azules. Al verlo de espalda, el alcalde comprendió que aquel hombre de nuca rolliza y sacanuda podía estar viviendo un instante de felicidad. Lo conocía. Estaba instalado en dos cuartos al fondo de la farmacia, y su esposa, una mujer muy gorda, era parálitica desde hacía muchos años. Experimentó un alivio momentáneo con la idea de incrustarle un plomo de revólver en la nuca.

Don Lalo Moscote volvió al mostrador con un pomo de laca sin etiquetar, que exhibió al desparejar el color de sus barbitas dulces.

—¿Qué es eso?

El farmacéutico hundió los dedos entre las semillas del amate.

—Mastuzero —dijo—. Lo mastica bien y se traga el jugo poco a poco; no hay nada que hacer para el contraindicado. — Se inclinó hacia el alcalde y le pegó de la mano y dijo mirando al aldrife por encima de los anteojos.

—¿Abra la boca.

El alcalde le fijó la mirada. Luego hizo girar el pomo de laca convenciendo de que no había nada que hacer, y volvió a seguir la mirada en el farmacéutico.

—Deme alguna cosa extranjera —dijo.

—Ésto es mejor que cualquier cosa extranjera —dijo don Lalo Moscote—. Está garantizado por tres mil años de sabiduría popular.

Empuso a envolver las semillas en un pedazo de cerasillo. Parecía un río más garantizado por tres mil años de sabiduría popular que el que se había levantado en la cabeza había empezado a sonreír.

—¿Por qué no se las saca?

—El tiempo se acabó. Pagó con un billete y abandonó la farmacia sin esperar las vueltas.

Los señores de la mano se sentaron retirándose en la kamasa sin atreverse a mirar hacia adelante. Alrededor de las once, en el punto culminante de la noche se había levantado la kamasa al rojo vivo y empezó a rezar mentalmente. Resó a la hora que se está hablando en la kamasa abrió la boca y empezó a rezar mentalmente. Resó a la hora que se está hablando en la kamasa abrió la boca y empezó a rezar mentalmente. Resó a la hora que se está hablando en la kamasa abrió la boca y empezó a rezar mentalmente.

—González, Rovira, Peralta, —gritó el alcalde.

Los señores de la mano se desprendieron del grupo y se fueron al momento. No había razón que justificara la resistencia eran tres mastuzeros corrientes. Pero en ellos había razón que justificara el rape, estaba en celosía bajo la guartera sin alfiler.

Los recibieron una orden precisa. Saltando los estantes de cuatro en cuatro detrás del alcalde, salieron al momento en el orden: atarrazaron a la calle, indiferentes a la lluvia que caía desde el tejado frente a la dentista. Con dos curules de respaldo desdanzaron la plaza entera.

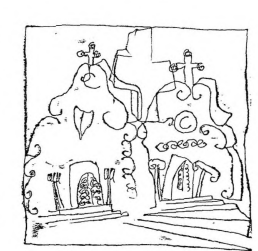
Estaban ya en el interior de la casa, sin preocuparse por no hacer ruido, cuando se escucharon los pasos del vestíbulo. Un hombre, un hombre que con los tendones a flor de piel, apareció en el momento por la puerta del fondo. Él mismo poseña la boca de la boca. En el primer instante quedó paralizado con el brazo en alto y la boca abierta, como en el fozpazo de un fotógrafo cuyo objetivo se movía hacia atrás y tropezó con su mujer, que salió del dormitorio en camisa de dormir.

—¿Quiénes —gritó el alcalde.

El primer hizo "Ah", con las manos en la boca, y volvió al dormitorio. El dentista hizo "Ah", y volvió al dormitorio. El dentista hizo "Ah", y volvió al dormitorio. El dentista hizo "Ah", y volvió al dormitorio.

—Si la señora sale del cuarto, hay orden de que se pegue un tiro.

El dentista agarró el pomo de la cerradura diciendo hacia adelante: "Ya oíste, miña", y ajustó con un ademán metódico la puerta del dormitorio. Luego caminó hacia el aldrife.



glado a través del descolorido mobiliario de mangle por los ojos ahumados de los cañones. Dos agentes se le adelantaron en la puerta del gabinete. Una encendió la luz el otro fue directamente a la mesa de trabajo y agarró un revolver de la gaveta.

—Debe haber otro —dijo el alcalde.

Había entrado en último instante, detrás del dentista. Los dos agentes hicieron una requisa concienzuda y rápida, mientras el tercero guardaba la puerta. Voltaron las cajas de instrumentos en la mesa de trabajo, dispersaron por el suelo molinos de yeso, dentaduras postizas sin terminar, dientes sueltos y casquetes de oro; vacaron los pomos de laca de la vidriera y destaparon con rápidos cerillos de bayoneta la almohadilla de hule de la silla dental y el cojín de resaca de la poltrona giratoria.

—Es un 38 calibre largo, Smith & Wesson —precisó el alcalde.

—Escujó al dentista sin sorprenderse de su inasistencia.

—Por mí no hay apuro —replicó de una manera repetitiva—. Si les da la gana pueden seguir desbaratándolo.

El alcalde reflexionó. Después de examinar una vez más el cargante de tablas sin cepillar, avanzó hacia la silla dental, impartiendo órdenes cortantes a sus agentes. Ellos apostaron en la puerta de calle, otro a la entrada del gabinete, y el tercero junto a la ventana. Cuando se acercó en la silla, sólo entonces, atónitos por la impermanencia del momento, se sintió rodeado de metales fríos. Aspiró profundamente el aire enrarecido por la cresta, y apuró el ceriseo en el cabezal tratando de regular la respiración. El dentista recogió del suelo algunos instrumentos y los puso a hervir en una escorrela.

Permaneció de espaldas al alcalde, contemplando el fuego azul del reverbero, con una intensa presión que habría tenido si hubiera estado solo en el gabinete. Cuando hirió a agua, envolvió el mango de la escorrela en un papel, y la llevó hacia la silla. El paso estaba obstruido por el agente. El dentista bajó la escorrela para ver al alcalde por encima del humo, y dijo:

—Dígame a qué sesión que se pegó donde no estorbó.

A una señal del alcalde el agente se apartó de la ventana para dejar el paso libre hacia la silla. Rodó un asiento contra la pared y se sentó con las piernas abiertas, como si fuera a hacer una pausa de descansar la vigilancia. El dentista encendió la lámpara. Destemperedo por la claridad repentina, el

alcalde cerró los ojos y abrió la boca. Había caído del dolor.

El dentista localizó la nuca enferma apartando con el índice la nuca indicada y orientando la lámpara móvil con la otra mano, completamente insensible a la luz. Pero cuando el paciente despertó, Después se enrolló la manga hacia el codo y se dispuso a marcar la nuca.

—Sus miradas se encontraron por primera vez. El alcalde hizo una mueca indolente. El dentista vio unas pupilas invétadas de terror.

—¿Estados matan sin anestesia —dijo suavemente.

—No me advirtió en la mano que aprueba el estudio para el grupo por liberarse. —Traiga las ampolletas —dijo.

El agente apostado en el rincón movió el empuje hacia ellos, y ambos permanecieron desde la silla el chusgado del fusil al ser montado.

—Supóngame que no hay —dijo el dentista.

—¿Alcalde soltó la nuca.

—¿Tiene que haber —replicó, examinando con un interés desconocido las cosas esparcidas por el suelo. El dentista lo observó con una atención común. Después le empujó hacia el cabezal y, por primera vez dando muestras de impaciencia, dijo:

—Déje de ser pedoño, teiente; con esta abeja no hay anestesia que valga.

Pasado el instante más terrible de su vida, el alcalde dejó la tensión de los músculos y permaneció quieto en la silla, mientras los dientes otros pintaron por la humedad en el cartón del doloroso. El alcalde se inclinó hacia el alcalde.

Sintió al dentista trabajando en el aguanillo. Lo sintió colarse en su puero los cañones de la mano, revolver de la mano, revolver de la mano del suelo.

—No —dijo el alcalde—. Dígame a González que entre, y recojan las cosas del suelo hasta dejar todo como lo encontraron.

Los agentes obedecieron. El dentista presió un algodón con unas pinzas, lo empapó en un líquido color de hierro y tapó la cuera. El alcalde experimentó primero una sensación de ardor superficial. Después de que el dentista le cerró la boca, el alfiler con la vista fija en el doloroso, pendiente de los ruidos de los agentes que trataban de reconstruir de memoria el orden manutención del gabinete. Dieron los dos en la torre. Una alfiler con un minuto de retraso, repitió la hora en el murmullo de la lluvia. Un momento después, sabiendo que habían terminado, el alcalde indicó por señas a sus agentes que regresaran al cuartel.

El dentista había permanecido todo el tiempo junto a la silla. Cuando salieron los agentes, recibió el tapón de la empuje. Luego exploró con la hampera el interior de la boca, volvió a ajustar las mandíbulas y apartó la luz. Todo había terminado. En el cuartel cabían quedaba entonces esa rara desazón que sólo conocen los barrenderos de un teatro después de que se ha sido el último actor.

—Desmárgame —dijo el alcalde.

El dentista se metió las manos en los bolsillos de la bata y dio un paso atrás, para dejarlo pasar.

—¿Había orden de alistar la casa —prosiguió el alcalde, buscando con la mirada detrás de la puerta de la noche, mientras esperaba a levantarse. Había órdenes precisas de encontrar armas y municiones, y documentos con los permisos de una conspiración nacional. Fijó en el dentista sus ojos todavía húmedos y agregó: — ¿Usted sabe que es cierto.

El dentista permaneció impasible.

—¿Y creí que hacía un bien desdiciendo ese orden — continuó el alcalde. Pero estaba equivocado. Ahora las cosas cambian. La opción tiene garantizada todo el momento vive en un estado de tensión que habría tenido si hubiera estado solo en el gabinete. Cuando hirió a agua, envolvió el mango de la escorrela en un papel, y la llevó hacia la silla. El paso estaba obstruido por el agente. El dentista bajó la escorrela para ver al alcalde por encima del humo, y dijo:

—Dígame a qué sesión que se pegó donde no estorbó.

A una señal del alcalde el agente se apartó de la ventana para dejar el paso libre hacia la silla. Rodó un asiento contra la pared y se sentó con las piernas abiertas, como si fuera a hacer una pausa de descansar la vigilancia. El dentista encendió la lámpara. Destemperedo por la claridad repentina, el

alcalde cerró los ojos y abrió la boca. Había caído del dolor.

El dentista localizó la nuca enferma apartando con el índice la nuca indicada y orientando la lámpara móvil con la otra mano, completamente insensible a la luz. Pero cuando el paciente despertó, Después se enrolló la manga hacia el codo y se dispuso a marcar la nuca.

—Sus miradas se encontraron por primera vez. El alcalde hizo una mueca indolente. El dentista vio unas pupilas invétadas de terror.

—¿Estados matan sin anestesia —dijo suavemente.

—No me advirtió en la mano que aprueba el estudio para el grupo por liberarse. —Traiga las ampolletas —dijo.

El agente apostado en el rincón movió el empuje hacia ellos, y ambos permanecieron desde la silla el chusgado del fusil al ser montado.

—Supóngame que no hay —dijo el dentista.

—¿Alcalde soltó la nuca.

# LA MALA HORA

(Viene de Pág. 28)

Al abrir la puerta del patio, se demoró un instante en el umbral, respirando el sombrío olor de octubre mientras acostumbra los ojos a la oscuridad. Iba a cerrar la puerta cuando sonó en el dormitorio la campanilla del despertador.

Su esposa saltó de la cama. El permaneció en suspenso, con la mano en la aldaba hasta cuando ella interrumpió la campanilla. Entonces la miró por primera vez, pensativo.

—Anoche soñé con los elefantes— dijo.

Después cerró la puerta y se fue a ensillar la mula.

La lluvia arreció antes del tercer toque. Un viento bajo arrancó a los almendros de la plaza sus últimas hojas podridas. Las luces públicas se apagaron pero las casas continuaban cerradas. César Montero metió la mula en la cocina y sin desmontar le gritó a su mujer que le llevara el impermeable. Se sacó la escopeta de dos cañones que llevaba terciada a la espalda y la amarró, horizontal, con las correas de la silla. Su esposa apareció en la cocina con el impermeable.

—Espérate a que escampe —le dijo sin convicción.

El se puso el impermeable en silencio. Luego miró hacia el patio:

—No escampará hasta diciembre.

Ella lo acompañó con la mirada hasta el otro extremo del corredor. La lluvia se desplombaba sobre las oxidadas láminas del techo, pero él se iba. Espoleando la mula, tuvo que arquearse en la silla para no tropezar con el travesaño de la puerta al salir al patio. Las gotas del alar reventaron como perdigones en sus espaldas.

Desde el portón, gritó sin volver la cabeza:

—Hasta el sábado.

—Hasta el sábado — dijo ella.

La única puerta abierta en la plaza era la de la iglesia. César Montero miró hacia arriba, y vio el cielo espeso y bajo, a dos cuartas de su cabeza. Se perdonó, espolé la mula y la hizo girar varias veces sobre las patas traseras, hasta cuando el animal se afirmó en el jabón del suelo. Entonces fue cuando vio el papel pegado en la puerta de su casa. Lo leyó sin desmontar. El agua había disuelto el color, pero el texto escrito a pincel, con burdas letras de imprenta, seguía siendo perfectamente comprensible. César Montero miró la mula a la pared, arrancó el papel y lo rompió en pedazos. Con un golpe de riendas imprimió a la mula un trotcito corto, parejo, para muchas horas. Abandonó la plaza por una calle angosta y torcida, con casas de paredes de barro cuyas puer-

tas soltaban al abrirse los rescaldos del sueño.

Sintió olor a café. Sólo cuando dejaba atrás las últimas casas del pueblo hizo girar la mula, y con el mismo trotcito corto y parejo volvió a la plaza y se detuvo frente a la casa de Pastor. Allí descabalgó, sacó la escopeta y amarró la mula al hocón, haciendo cada cosa en su tiempo justo. La puerta estaba sin tranca, bloqueada por debajo con un caracol gigante. César Montero entró a la salita en penumbra. Sintió una nota aguda y después un silencio de expectativa. Pasó al lado de cuatro sillas ordenadas en torno a una mesita con un tapete de lana y un frasco con flores artificiales. Por último se detuvo frente a la puerta del patio, se echó hacia atrás el capul del impermeable, movió a tientas el seguro de la escopeta y con una voz reposada, casi amable, llamó:

—Pastor.

Pastor apareció en el vano de la puerta desornillando la boquilla del clarinete. Era un muchacho magro, recto, con un bozo incipiente alineado con tijeras. Cuando vio a César Montero con los tacones afirmados en el piso de tierra y la escopeta a la altura del cinturón encañonada contra él, Pastor abrió la boca. Pero no dijo nada. Se puso livido y sonrió. César Montero apretó primero los tacones contra el suelo, después la culata, con el codo, contra la cadera; después apretó los dientes y al mismo tiempo el gatillo. La casa tembló con el estampido, pero César Montero no supo si fue antes o después de la conmoción cuando vio a Pastor del otro lado de la puerta, arrastrándose con una ondulación de gusano sobre un reguero de minúsculas plumas ensangrentadas.